

LA GRAN APUESTA DE TITO

En 1945 las fuerzas guerrilleras mandadas por un antiguo metalúrgico de Zagreb llamado Josip Broz, más conocido por Mariscal Tito, tomaban el poder en Yugoslavia. La lucha guerrillera había empezado cuatro años antes, en 1941, cuando las tropas alemanas invadieron aquel territorio. Al empezar 1946 Yugoslavia se constituía en República Federal y Popular, eliminaba los últimos focos de resistencia anticomunista y adoptaba una constitución similar a la de la Unión Soviética.

La república yugoslava constituye uno de los fenómenos políticos más originales de nuestro tiempo. Con un régimen de partido único (La Liga Comunista) y una economía de tipo socialista, sin embargo, su posición ha sido siempre de independencia con respecto a los países del bloque soviético. En junio de 1948 Yugoslavia y la Unión Soviética rompieron sus relaciones diplomáticas: el concepto que tenían Tito y Stalin de la edificación del socialismo era muy diferente. Tito fue acusado de revisionismo y Yugoslavia excluida del Kominform. Desde entonces Yugoslavia adoptó una actitud de "no alineación" y se convirtió en el país líder de las naciones neutralistas. En 1955, al iniciarse el proceso de desestalinización —que culminaría en el siguiente año en el XX Congreso del PCUS— las relaciones entre la Unión Soviética y Yugoslavia se normalizaron nuevamente y se inició una nueva etapa de colaboración entre los dos países.

La construcción del socialismo en Yugoslavia no se ha adaptado a los módulos clásicos del marxismo-leninismo; ha sido más liberal, con una dirección menos centralizadora. Esta política ha tenido sus ventajas y sus inconvenientes: por un lado una mayor libertad de gestión a nivel de base y por otro un hecho incontrovertible: 200.000 trabajadores yugoslavos han tenido que emigrar en busca de trabajo a otros países, como Alemania Federal, Escandinavia, Francia, Benelux, etc.

Últimamente en Yugoslavia han ocurrido una serie de acontecimientos que han conmovido la opinión pública internacional: los servicios de seguridad del Estado yugoslavo han sido radicalmente reformados: Rankovitch, secretario general de la Liga Comunista, relevado de su cargo; un hombre nuevo, Koca Papovitch, aparece como futuro sucesor del viejo mariscal Tito. El periodista francés Gilles Martinet, en un brillante artículo, analiza las causas de estos cambios.

EN las paredes de los despachos, en la entrada de las tiendas, en todas las fábricas, su retrato, infinitamente repetido, nos transmite la imagen de un jefe todavía joven. Pero la realidad es que el mariscal Tito ha nacido en 1892: tiene exactamente setenta y cuatro años.

Cuando un hombre de Estado alcanza esa edad, es inevitable que se piense en su sucesión. Parece ser que nadie pensaba en ello tan a menudo e intensamente como Alejandro Rankovich, de cincuenta y siete años de edad. Era ya el número dos del régimen: Vicepresidente de la República y Secretario del Comité Central de la Liga de los comunistas. Su autoridad se imponía en todos los escalones del Estado y del partido, y continuaba, por intermedio del ministro Stefanovitch, dirigiendo los servicios de seguridad, que él mismo había implacablemente organizado en los momentos de mayor peligro.

¿Por qué, entonces, se ha mostrado tan precipitado?, ¿por qué ha enseñado su juego? Evidentemente, fue él el que al final del último congreso de la Liga de los comunistas yugoslavos se las arregló para informar a los periodistas extranjeros que Tito tenía la intención de anunciar su próxima retirada. ¿Creía realmente Rankovitch que el mariscal alimentaba tales proyectos o, por el contrario, quería forzar las cosas y apoderarse de un poder que parecía escapársele? Se pueden avanzar diversas hipótesis, pero una cosa aparece clara: a Tito le sentaron mal las informaciones difundidas por la prensa internacional y conoció inmediatamente su origen.

tito tenía prisa

Hace tiempo que se comentaba en Belgrado que Rankovitch iba a ser una de las primeras víctimas del sistema de «rotación» previsto por las nuevas instituciones yugoslavos. Según este sistema, un dirigente político no puede permanecer más de un cierto número de años en el mismo puesto. Sólo el mariscal Tito escapa a esta regla, ya que es presidente vitalicio. Los demás dignatarios del Estado deberán ceder su sitio. Por lo menos éste es el principio, aunque queda por ver

cuál será su aplicación. Una comisión especial deberá reunirse en estos días para establecer las modalidades de su puesta en marcha y, sin duda, para designar a los miembros de la primera «rueda».

«Rankovitch se encontrará entre ellos», decían unos, «Veréis como permanece», sostenían otros. Sin embargo, las cosas no han pasado como se preveían, pues Tito también tenía prisa. No ha esperado el resultado de los trabajos de la comisión. Ha exigido la dimisión de Rankovitch, ha hecho revocar a Stefanovitch y ha estigmatizado «las desviaciones y anomalías de los servicios de seguridad». La sucesión de Tito no se ha abierto todavía, pero el que se consideraba como su sucesor ha mordido el polvo. Nos equivocábamos, sin embargo, si sólo viéramos en este asunto una lucha por el poder. Detrás del episodio político que examinamos es necesario llegar al fondo de las cosas. Y este fondo está constituido por la gran reforma económica y social, es decir, por la aventura más audaz que ha conocido Yugoslavia desde la formidable apuesta aceptada y ganada contra Stalin.

las «fábricas políticas»

Para comprender este movimiento —sin equivalente entre los países socialistas— de liberalización, de desestalinización y de concentración que está cambiando actualmente toda la economía yugoslava, es necesario remontarse a la situación que existía hace dos años, es decir, a principios del verano de 1964. Es el momento en que la inflación comienza a tomar un aspecto inquietante y los dirigentes se dan cuenta de que se les escapa el control de la máquina. «Nuestro antiguo sistema —declara Bakaritch, líder comunista croata— se encuentra en tal descomposición que no puede ser utilizado».

Lo que Bakaritch llama «antiguo sistema» es, en realidad, una mezcla de planificación administrativa y de autogestión obrera y que acumula los inconvenientes de una y otra. Las principales

inversiones continúan siendo aseguradas por el Estado federal, las repúblicas y las comunas.

Estos organismos retienen, para este fin, lo esencial de los beneficios de las empresas, pero como disponen de una gran autonomía de gestión, ahí donde el colectivo obrero funciona realmente, se afirma una tendencia muy neta en favor de la mejora del nivel de vida, es decir, en favor de la reducción de los beneficios y el aumento de los salarios. Se cita el caso de una fábrica donde los obreros se han atribuido una prima equivalente a diez veces su remuneración mensual..., mientras que la empresa no podía financiar la renovación de las materias primas necesarias a su funcionamiento.

La situación es aún más grave si tenemos en cuenta que, como en todos los países comunistas, la política económica seguida hasta ahora ha sido, sobre todo, una política extensiva. Se lanzaron a una industrialización acelerada, construyendo fábricas tras fábricas sin preocuparse excesivamente de su rentabilidad y, sobre todo, sin consagrar una parte suficiente de las inversiones a la modernización de las instalaciones existentes. Cada comuna, cada líder local, quería tener sus fábricas. De esta forma se han multiplicado las famosas «fábricas políticas», que, según Bakaritch, no producían más que pérdidas y que el propio Tito valoraba su rendimiento en un cuarenta o cincuenta por ciento.

¿Cómo salir de esta trampa? Sólo se entreveían dos posibilidades: O se restauraba plenamente el principio según el cual los beneficios, en el cuadro de una economía socialista, pertenecen a la sociedad entera y no a las colectividades particulares; o se permitía a estas colectividades repartir sus beneficios como lo consideraran más oportuno, pero con la contrapartida de sancionarle con el cierre si la repartición era defectuosa. Se trataba realmente de una elección difícil. Ambas tesis se afrontaron a fines del 64 y en la primera mitad del 65. Durante esta época, los precios continuaron subiendo, la balanza de pagos se deterioraba y los ritmos de desarrollo de la producción no cesaban de bajar. Era necesario terminar con esta situación y el momento de la decisión llegó el 23 de julio de 1965.



la subida de los alquileres

El dinar es brutalmente devaluado. Su valor pasa de 750 a 1.250 por un dólar americano. La tarifa media de los aranceles es reducida del 23,3 por ciento al 10,8 por ciento. Son establecidos nuevos precios a favor de los productores de las materias primas. Se prevé un aumento progresivo de los alquileres y, sobre todo, es suprimido el impuesto sobre las rentas de las empresas económicas. Esto quiere decir que los sectores que eran deficitarios —el carbón, la vivienda, etc.— van a convertirse en los sectores rentables y que lo esencial de los beneficios de las empresas se acumularán por las propias empresas.

Al decidirse por estas reformas, los dirigentes yugoslavos sabían que iban a provocar una nueva subida de precios que llevaría aparejada una disminución del nivel de vida de las masas urbanas, aunque pensaban que esta subida no pasaría del 20 al 25 por ciento. Sin embargo, a partir de agosto, vuelve la presión inflacionista. El precio del pan aumenta en un 70 por ciento; el del carbón, en un 40 por ciento; el de la energía eléctrica, el 86 por ciento. La subida de los alquileres alcanza el porcentaje astronómico del 116 por ciento y el aumento del precio del agua es de 175 por ciento.

La situación social es, sin duda, mala. Las oposiciones entre las diferentes repúblicas se acentúan. Un gran número de trabajadores no aguantan si no es practicando el sistema de horas extraordinarias. Otros emigran. Pronto habrá 200.000 yugoslavos en las fábricas alemanas, escandinavas o francesas. Se producen huelgas, aunque se habla poco de ellas. Pero a principios del mes de junio de 1966 el periódico croata «Viestnik» reconoce que durante estos últimos años ha habido más de 78 casos de paro de trabajo en la república de Eslovenia.

la autogestión

Parece ser que fue precisamente entonces cuando se desarrolló, entre los responsables económicos y ciertos cuadros del partido, un movimiento favorable a lo que se ha llamado «reforzamiento de la

acción administrativa y del centralismo». De otra forma no se comprenderían los ataques cada vez más numerosos que los principales líderes yugoslavos dirigen contra los «centralizadores». Aunque éstos no tienen la posibilidad de expresarse en la prensa diaria, su punto de vista aparece en ciertas publicaciones especializadas. La revista «Praxis», publicada en Zagreb y que está redactada por universitarios, llega a atacar de frente el mismo principio de la autogestión tal y como es aplicado por el régimen. «Es —escribe uno de los principales redactores de la revista Rudy Supek— paradójico y absurdo constatar que la dirección de los asuntos del país sea confiada a simples trabajadores bajo el pretexto de que la educación marxista que han recibido, en forma de positivismo staliniano, les señala como los elementos más capaces y seguros de la edificación socialista...».

Tito y el equipo dirigente dejan que se publiquen estos artículos, pero sin ceder a la presión que se hace sobre ellos. Su actitud se inspira menos en consideraciones económicas que en una postura política. No hay que olvidar que se han jugado todo el porvenir del régimen sobre la autogestión. No se puede tocar el principio, pero es necesario colocar a los trabajadores de cada empresa ante la brutal realidad económica. Evidentemente, habrá fábricas que cerrarán y se producirán despidos y paros, pero es únicamente de esta forma como los obreros realizarán el aprendizaje del poder, es decir, el de la gestión.

De momento, esta firmeza ha logrado ciertos resultados. La inflación ha perdido velocidad y se ha obtenido una cierta estabilización. Por primera vez, desde hace veinte años, la balanza de pagos ha podido ser equilibrada, aunque el turismo y las remesas de los trabajadores emigrados hayan jugado un importante papel.

Toda la reforma está orientada en el sentido de convertir a la empresa en la célula base de la sociedad. Pero en la medida en que Yugoslavia entra en la era industrial moderna, el marco de la empresa comienza a ser superado por la realidad económica. La apertura hacia los mercados internacionales, que era, sin duda, indispensable, ha demostrado la necesidad de constituir complejos más vastos y proceder a una concentración y

a una integración más profunda de las empresas.

Me hice una idea muy clara de este fenómeno visitando la fábrica de tractores I. T. M., situada en el extrarradio norte de Belgrado. «Acabamos de crear, —me dijeron— con la ayuda de otras empresas, nuestro propio banco. De esta forma, podremos financiar la construcción de una fábrica para el tratamiento de los metales especiales, de la que tenemos necesidad».

El que me habla de esta manera no es, por supuesto, el manager de un gran negocio capitalista. Es, simplemente, el presidente del consejo obrero de la fábrica. Físicamente, se parece a todos los militantes comunistas del mundo. Hace los mismos gestos, utiliza las mismas entonaciones, pero sus palabras se salen de lo corriente.

«Hemos entablado —continúa— conversaciones de fusión con una empresa de motores. Las negociaciones han sido interrumpidas porque nuestros futuros socios mantienen precios demasiado elevados. Ellos juegan con el factor de que sus productos no están gravados, mientras que los nuestros sí lo están. Pero la discusión va a continuar de nuevo y, para crear un clima favorable, hemos decidido prestar a esta empresa una parte de las divisas extranjeras que tenemos en nuestro poder. El reciente contrato que hemos firmado con la compañía Ferguson nos da muchas facilidades a este respecto ya que exportamos piezas de recambio de máquinas que Ferguson ha cesado de fabricar, pero que existen a miles por todo el mundo».

¿quién decide?

La fábrica I. T. M. produce cada año 7.000 tractores y en seguida alcanzará los 12.000. Esto representará el principal esfuerzo yugoslavo en este campo. Hay que tener en cuenta que Francia produce más de 90.000 tractores, y los Estados Unidos cerca de 250.000. La I. T. M. sólo puede hacer frente a esta competencia y penetrar en ciertos mercados extranjeros (vende tractores a la India y a Alemania del Este) si mantiene bajos salarios y, también, si logra asociarse con otras empresas. De esta forma la concentración se ha convertido en una necesidad imperiosa. ¿Modificará esta concentración todo el sistema de la autogestión? Los dirigentes yugoslavos no lo creen así. Piensan que los delegados elegidos en cada fábrica pueden elegir a su vez comités que encabezarán la actividad de las nuevas empresas integradas. De esta forma el principio de la dirección de la economía por los trabajadores será respetado. Pero, de hecho, ¿quién tomará las decisiones importantes? ¿Quién propondrá la implantación de nuevas fábricas? ¿Quién negociará las diferentes fusiones? ¿Quién juzgará las posibilidades que ofrece el mercado internacional?

una decisión popular

¿Podrá la fórmula de la autogestión crear un nuevo tipo de relaciones sociales, y una nueva forma de civilización o, por el contrario, servirá simplemente de cobertura a una realidad auténticamente tecnocrática? La respuesta depende, en gran parte, de la amplitud del proceso de liberalización y de democratización que, a partir del descontento provocado por las consecuencias inmediatas de la reforma, está en camino de producirse. Indiscutiblemente hay algo que ha cambiado en Yugoslavia. Los tabús desaparecen, la crítica se hace más frecuente, los antiguos métodos autoritarios de gobierno se toleran cada vez peor. Y, desde este punto de vista, la eliminación de Rankovitch ha sido una decisión popular. Hacía falta que ciertos dirigentes fueran sacrificados y siempre es mejor que lo sea el que, precisamente, se ocupa de la Policía.

GILLES MARTINET